

tir, besan la orla de su manto y se encienden a sus oraciones. Eudoro en pie en medio de aquellos ancianos prosternados, semejaba a un joven cedro del Libano, único renuevo de un bosque antiguo derribado a sus pies.

Un lictor precedido de dos esclavos que llevaban unas antorchas de ciprés, penetra en el calabozo. Sorprendidos de la humildad de los presos, que continuaban en la misma actitud, no daban asenso a sus ojos:

—Rey de los cristianos, dijo el lictor al esposo de Cimodocea, ¿quién en tu pueblo es el tribuno llamado Eudoro?

—¡Yo! respondió el hijo de Lastenes.

—Pues bien: dijo el lictor, con creciente asombro, estás condenado a muerte.

—¡Bien lo ves en mis honores! repuso Eudoro.

Un esclavo desenvolvió el fatal escrito, y leyó en alta voz la sentencia de Publio:

«Eudoro, hijo de Lastenes, natural de Megalópolis en Arcadia, antiguo tribuno de la legión británica, general de la caballería, y prefecto de las Galias, comparecerá mañana ante el tribunal de Festo, juez de los cristianos, para sacrificar a los dioses ó morir.»

Eudoro se inclinó y el lictor salió.

A la manera que en las fiestas de la ciudad de Teseo se ve á una joven canéfora ocultarse á los ojos de la multitud que ensalza su pudor y sus gracias: así Eudoro que ostenta ya las palmas del sacrificio, se retira al fondo de su prision para sustraerse á los elogios de sus compañeros de gloria. Pide el licor misterioso de que los cristianos se servían entre sí en tiempo de persecuciones, y escribe su despedida á Cimodocea.

Ángel de los santos amores, tu que guardas fielmente la historia de las pasiones virtuosas, ¿dignate confiarme la página del libro en que grabastes los tiernos y piadosos sentimientos del mártir!

«Eudoro, siervo de Dios, encarcelado por su amor á Jesucristo, á mi hermana Cimodocea, destinada á ser mi esposa y compañera de mis combates, paz, gracia y amor.

«Paloma mía, amada mía: he sabido con una satisfacción digna del amor que mi corazón te profesa, que has sido bautizada en las aguas del Jordán por mi amigo el solitario Gerónimo. Acabas de consagrarte á Jesucristo en presencia de los jueces y príncipes de la tierra. ¡Oh verdadera sierva de Dios, que brillo aumentará ahora tu hermosura! ¿Podría quejarme yo, tanto justamente castigado, mientras tú, «Eva aun no caída, sufres las persecuciones humanas? Es para mí una peligrosa tentación la idea de que esos brazos tan débiles y delicados se ven doblados al peso de las cadenas; que esa cabeza, adornada con todas las gracias de las vírgenes, y que merece ser sostenida por la mano de los ángeles, reposa sobre una piedra en las tristes sombras de una cárcel. ¡Ah! si me hubiera sido dada la felicidad á tu lado! ¡Lejos, empero, de mí tal pensamiento! «Hija de Homero! Eudoro va á precederte en la mansión de los inefables conciertos; es preciso que corte el hilo de sus días, como un tejedor corta el hilo de su tela, medio tejida. Te escribo desde la cárcel de San Pedro, el primer año de la persecución. Mañana compareceré ante los jueces á la hora en que Jesucristo espiró sobre la cruz. ¿Querida mía! ¿mi amor sería mas intenso si te escribiese desde un palacio real y durante la época de las prosperidades?

«Precisos dejarte, ¡oh tú que has nacido la mas hermosa entre las hijas de los hombres! Pido al cielo con lágrimas me permita volver á verte en la tierra, aunque solo sea un momento. ¿Me será concedida esta gracia? Espero resignado los altos decretos de

«la Providencia. ¡Ah! si nuestros amores han sido de escasa duración, á lo menos han sido puros. «A imitación de la Reina de los ángeles, conservas el dulce nombre de esposa, sin haber perdido el hermoso nombre de virgen. Este pensamiento que causaría la desesperación de un amor humano, constituye el consuelo de un amor divino. ¡Cuánta es mi felicidad! ¡Oh Cimodocea! yo estaba destinado á llamarte ó la madre de mis hijos, ó la casta compañera de mi eterna felicidad!

«¡Adios, pues, dulce hermana mía! ¡Adios, mi paloma, mi querida! pide á tu padre me perdone sus lágrimas. ¡Ay! Demodoco te perderá tal vez y uno es cristiano; ¡cuán desgraciado debe ser!

«Hé aquí el saludo que yo, Eudoro, añado al fin de esta carta:

«Acuérdate de mis lazos, ¡oh Cimodocea!

«¡La mansedumbre de Jesucristo sea contigo!»

## LIBRO VIGÉSIMOPRIMERO.

SUMARIO. Eudoro es absuelto de su penitencia. Lamentos de Demodoco. Encierro de Cimodocea. Esta recibe la carta de Eudoro. Actas del martirio de Eudoro. El purgatorio.

Era la hora en que los cortesanos de Galerio, reclinados en almohadones de púrpura en derredor de una mesa fastuosamente servida, prolongaban las delicias del festín en las sombras de la noche. Ostentando en la mano lozanas ramas de eneldo, y ceñida la sien con coronas de rosas y violetas, cada convidado se entregaba á los trasportes de su regocijo. Unas lindas tañedoras de flautas hábiles en el arte de Tersicore, inflamaban los deseos con muelles danzas y voluptuosas canciones. Una copa de raro mérito y tan profunda como la de Néstor, animaba á la festiva concurrencia. El dios que lleva el arco y la venda y que se goza en los males que ha ocasionado, era, como en el banquete de Alcibiades, el objeto de los coloquios de aquellos venturosos mortales. El mármol, el cristal, el oro, la plata y las piedras preciosas reflejaban y multiplicaban el resplandor de las antorchas, mientras los perfumes de la Arabia se confundían con el olor de los vinos de la Grecia.

A la misma hora, los confesores cristianos, abandonados del mundo y condenados á muerte, preparaban también una fiesta y un banquete en los calabozos de San Pedro. Eudoro debía comparecer al día siguiente ante el tribunal del juez, y podía aspirar en los tormentos; era, por lo tanto, llegado el tiempo de absolverle de su penitencia.

Encuéndese una lámpara en la prision, y Cirilo, á quien el obispo de Roma había enviado sus poderes, debía celebrar la misa de reconciliación. Gervasio y Protasio son elegidos para ayudar al sacrificio, á cuyo efecto visten una túnica blanca traída por los hermanos; sus rubios cabellos caen en rizados sobre su descubierta, cuello, y virginal pudor se estiende por sus facciones. Hubiérase dicho que marchaban al martirio, al ver cuanta alegría y modestia se pintaban en el semblante de aquellos mancebos.

Los presos se arrodillaron en torno de Cirilo, que empezó en voz baja una misa sin cáliz y sin altar, por lo que los confesores alarmados ignoraban donde consagraría la víctima inmaculada; mas ¡oh invención sublime de la caridad! ¡oh tierna ceremonia! El anciano obispo deposita la hostia sobre su corazón, convertido así en altar del sacrificio. ¡Jesucristo mártir, era ofrecido en holocausto sobre el corazón de un mártir! Un dios se elevaba en aquel corazón, un dios descendía á aquel corazón.

Eudoro, despojado del traje de su penitencia, recibió en cambio una túnica de deslumbradora blancura. Perseo y Zacarías se levantaron para llenar las funciones de diácono y archidiácono, y dirigieron estas palabras á Cirilo en nombre de los cristianos:

«¡Carísimo á Dios! este es el momento de la misericordia; este penitente desea reconciliarse y la Iglesia te lo pide: ha sido postulante, oyente y postrado; hazle subir á la categoría de los elegidos.»

Cirilo dijo entonces:

«¡Penitente! ¿prometes mudar de vida? Levanta las manos al cielo en señal de esta promesa.»

Eudoro levantó al cielo los aherrojados brazos, y se presentó adornado con sus cadenas á la manera que una joven esposa con sus braceletes y los festones de oro que bordan su rica túnica. Cirilo pronunció sobre él estas palabras:

«¡Fiel! yo te absuelvo por la misericordia de Jesucristo que desata en el cielo todo lo que sus apóstoles desatan en la tierra.»

A estas palabras, Eudoro cae á los pies del obispo, y recite de manos del diácono el santo Viático, pan del viajero cristiano, preparado para la peregrinación de la eternidad. Los confesores admiran en medio de ellos al mártir designado, que semejante á un consul romano elegido por el pueblo, se prepara á desplegar en breve las insignias de su poder. El mundo no hubiera visto en aquella reunión de proscritos sino una turba de hombres oscuros, destinados á la penacapital; y no obstante, allí brillaban los caudillos de una raza numerosa que debía cubrir la tierra; allí se hallaban las víctimas cuya sangre iba á apagar el fuego de la persecución y hacer reinar la cruz sobre el universo. ¡Pero cuántas lágrimas debían correr antes que aquella persecución hiciese brillar el día del triunfo!

Demodoco no había llegado á Roma sino para sentir rasgado su corazón. Noticioso de la primera desgracia que amenazaba á la sacerdotisa de las Musas, había conseguido reunir al pueblo y llevarlo al palacio de Galerio; pero no bien había arrancado á Cimodocea al poder de Hierocles, le fue robada á su cariño como cristiana. Prohibióse al anciano la vista de su hija, porque la compasión había desaparecido desde que la joven meseniana se declarara prosélita de la secta proscrita. El carcelero de la prision de San Pedro era humano, compasivo y accesible al oro, por lo que se veía fácilmente á los mártires; pero Sevo, carcelero de Cimodocea, era encarnizado enemigo de los cristianos, porque su esposa Blanca, que era cristiana detestaba su vida licenciosa. Así, nunca había consentido se hablase ni aun en su presencia á la hija de Homero, y rechazaba á Demodoco con ultrajes y amenazas.

No lejos del asilo de dolor donde gemía la esposa de Eudoro, se alzaba un templo erigido por los romanos á la Misericordia; su friso estaba adornado con bajos relieves en mármol de Carrara, que representaban los asuntos consagrados por la historia ó cantados por las Musas: allí se veía aquella piadoso hija que alimentó á su padre en la cárcel, haciéndose madre del hombre de quien recibiera la vida: mas allá, Manlio, después de haber inmolado á su hijo, regresaba en triunfo al Capitolio; los ancianos le salían al paso, pero los jóvenes romanos evitaban el encuentro del vencedor. Aquí, una brillante vestal, haciendo subir por el Tiber la nave que conducía la imagen de Cibelles, llevaba en su ceñidor los destinos de Roma y Cartago; acá, Virgilio, aun pastor, se veía obligado á abandonar los campos paternos; acullá, en la noche fatal de su destierro, Ovidio recibía la triste despedida de su esposa.

Los astros terminaban y volvían á empezar su carrera y hallaban á Demodoco sentado en el suelo, bajo el pórtico de aquel templo. Un sucio y desgarrado

manto, la descuidada barba, los cabellos en desorden y cubiertos de ceniza, anunciaban la amargura del venerable suplicante. Ora abrazaba los pies de la estatua de la Misericordia, regándolos con sus lágrimas; ora imploraba la compasión del pueblo; algunas veces cantaba acompañándose de la lira para tender un lazo á los transeúntes y atraer con los acentos del placer la atención que los hombres temen conceder á las lágrimas.

«¡Oh siglo de hierro! exclamaba, ¡hombres odiosos á Júpiter por vuestra dureza! ¿cómo ¿permaneceis insensibles al dolor de un padre? ¡Romanos! ¡vuestros antepasados han construido templos á la Piedad filial, y mis blancos cabellos no pueden interesaros á mi favor! ¿Soy acaso un parricida maldito de los pueblos y las ciudades? ¿He merecido ser entregado á las Euménides? ¡Ah! Soy un sacerdote de los dioses, criado sobre las rodillas de Homero, en medio del coro sacro de las Musas. ¡He pasado mi vida implorando al cielo por los hombres, y estos se muestran insensibles á mis ruegos! Y no obstante, ¿qué pido? Que me sea dado ver á mi hija, para compartir sus hierros y morir en sus brazos antes de perderla para siempre. ¡Romanos! atended á la edad tan tierna de mi Cimodocea. ¡Ah! ¡yo era el mas feliz de los mortales que el sol alumbraba en su esplendorosa carrera! Hoy, ¿qué esclavo querría trocar por la mia su suerte? ¡Júpiter me ha dado un corazón hospitalario; mas, de todos los huéspedes que en mis hogares he recibido y que conmigo han apurado la copa de la alegría, ¿hay uno solo que venga á tomar parte en mi dolor? ¿Cuán insensato es el mortal que cree constante su prosperidad! La caprichosa fortuna en ninguna parte descansa.»

A estas palabras, Demodoco, torciendo sus manos con desesperación, se revuelca por el suelo, pero sus lastimosos clamores no atraviesan las paredes del encierro de su hija. Todos los fieles que habían precedido á la nueva cristiana en aquel sangriento lugar, habían dado la vida por Jesucristo; así, Cimodocea habitaba sola la prision. Fatigado por los cuidados que se veía precisado á tener con la huérfana, Sevo insultaba muchas veces su desgracia: tal, cuando unos groseros campesinos han apresado un águila joven en la montaña, encierran en indigna jaula á la heredera del imperio de los aires; ultrajan con innobles juegos é inhumanos tratamientos á la magestad caída; hieren su coronada cabeza; apagan aquellos ojos que hubieran mirado al sol, y atormentan de mil maneras á la joven reina que no tiene alas para huir, ni garras para rechazar tan torpes ofensas.

Alimentada en las risueñas ideas de la mitología; rodeada hasta allí de las mas placenteras y graciosas imágenes, Cimodocea apenas había conocido la tristeza y la adversidad; pues no había sido formada en esa escuela cristiana donde el hombre aprende desde la cuna que ha nacido para sufrir. Durante algun tiempo, la hija de Homero, sometida á las pruebas de la Providencia, había cambiado de religion cambiando de fortuna, y el Cristianismo se había apresurado á darle contra las aflicciones de la vida los auxilios que no le ofrecía el culto de los falsos dioses. Estudiaba con ardor los Libros Santos que en su prision hallara y que pertenecían á algun mártir; pero asediada sin cesar por los recuerdos de su niñez y juventud, no podía saborear aun en toda su plenitud esos altos consuelos de la religion, que nos elevan sobre las amarguras y miserias humanas. Muchas veces, en medio de su lectura, su cabeza se inclinaba sobre la página sagrada, y la nueva cristiana poseída de dolor, volvía á ser por un momento la sacerdotisa de las Musas. Recordaba aquella brillante luz de la Mesenia, y creía discurrir aun por los bosques del Amfiso, veía de nuevo aquellas fiestas de la Grecia, aquellos carros que rodaban bajo las sombras del Nemeo, aquellas religiosas Teorias que recorrían al son de las

flautas las cumbres del Ira ó la llanura de Estenidara; recordaba también la felicidad de que gozaba en otro tiempo al lado de su padre y la vehemente aflicción que en aquellos momentos abrumaba al anciano. ¿Dónde está? se decía, ¿qué hace? ¿quién cuida de sus años y lágrimas? ¡Oh! ¡cuán ligeras son las penas de Cimodocea comparadas á las que ocasionarán la muerte á su padre y á su esposo!

Entanto que Cimodocea se entregaba á estos amargos pensamientos, oyó resonar en su encierro súbitos pasos: Blanca, la mujer del carcelero, entra y entrega á Cimodocea la carta de Eudoro, con el sigilo necesario para leer la triste despedida. Blanca, tímida cristiana que no se atrevía á arrostrar de frente á su esposo y los suplicios, se apresuró á salir y cerró las puertas del calabozo.

Cimodocea prepara al punto el líquido que derramado sobre la página blanca hará visibles los misteriosos caracteres en ella trazados por el amor y la religión. Al primer ensayo reconoce la letra de Eudoro, y en breve consigue leer los primeros testimonios del amor de su esposo; las palabras del mártir adquieren por momentos mayor ternura; entrevese en ellas cierto funesto anuncio, y Cimodocea no se atreve ya á descifrar el escrito fatal. Detiénese; vuelve á empezar, se detiene de nuevo, y llega al fin á estas palabras:

«Hija de Homero! Eudoro va tal vez á precederte en la mansión de los conciertos inefables. Es preciso que corte el hilo de sus días como un tejedor corta el hilo de su tela medio tejida.»

Súbito, los ojos de la nueva cristiana se anublan y cae desvanecida sobre el helado pavimento. Pero, ¡oh Musa celestial! ¿De dónde proceden esos trasportes de alegría que resuenan en los atrios celestiales? ¿Por qué de las arpas de oro se desprenden esos melodiosos sonidos? ¿Por qué el Rey profeta suspira sus mas hermosos cánticos? ¿Qué alegría entre los ángeles! El proto-mártir, el glorioso Esteban, toma en el Santo de los Santos resplandeciente palma y la lleva á la tierra, inclinada la frente y respetuoso el ademán. ¡Cielos! ¡cantad el triunfo del justo! El momento tan rápido de las terrenas aflicciones va á producir una felicidad imperecedera. Eudoro ha comparecido ante el juez! háse despedido de sus amigos, confiando á su caridad el cuidado de su esposa y Demodoco. Los soldados condujeron al mártir al templo de la Justicia, construido por Augusto cerca del teatro de Marcelo. En el fondo de una sala inmensa y descubierta se elevaba un sillón de marfil, terminado por la estatua de Temis, madre de la Equidad, la Ley y la Paz. El juez ocupa el rico sillón: á su izquierda hay unos sacrificadores, un altar y una víctima, á su derecha algunos centuriones y soldados, y á su frente se ven unos grillos, un caballete, una hoguera, una silla de hierro, mil instrumentos de tortura y numerosos verdugos; el pueblo ocupa el espacioso salón, y Eudoro aherrojado se mantiene en pie en frente del tribunal. Los heraldos, ministros de Júpiter y de los hombres, imponen silencio: el juez interroga y el escribano graba sobre unas tablillas las actas del mártir.

Festo, siguiendo las fórmulas acostumbradas, pregunta:

—¿Cuál es tu nombre?

Eudoro responde:

—Me llamo Eudoro, hijo de Lastenes.

—¿No han llegado á tu noticia los edictos publicados contra los cristianos?

—Sí.

—Sacrifica, pues, á los dioses.

—Yo no sacrifico sino á un solo Dios, criador del cielo y de la tierra.

Festo manda desnudar á Eudoro, estenderle sobre el caballete y atarle pesos á los pies.

El juez prosigue:

—Eudoro, tu semblante palidece; ¡mucho sufres! ¡Compadécete de tí mismo; acuérdate de tu gloria y de los honores de que has sido colmado! Dirige una mirada á tu casa, próxima á desaparecer por tu caída; mira las lágrimas de tu padre y escucha los lamentos de tus abuelos. ¿No temes henchir de eterna amargura la triste vejez de los autores de tus días?

—Mi gloria, mis honores y mis padres están en el cielo.

—¿Serás insensible á las caricias y promesas de un casto himeneo?

Eudoro calló.

—Te enterneces! acaba! muévante mis razones, y sacrifica ya ó tiembla ante los males que te amagan.

—¿De qué me serviría haber temblado en presencia de un juez que debe morir como yo?

Festo manda desgarrar á Eudoro con garfios de hierro. La sangre baña el cuerpo del confesor, como la púrpura de Tiro tiñe el marfil de la India ó la mas blanca lana de Mileto.

—¿Te confiesas vencido? ¿sacrificarás á los dioses? Piensa, si en lo contrario te obstinas, que arrastrarás en tu perdición á tu padre, á tus hermanas y á la mujer destinada á tu lecho.

—¿De dónde me procede la felicidad de ser sacrificado tres veces por mi Dios?

Los pies del confesor quedan libres de los grillos, pero se hace caldear la silla de hierro y se preparan la pez hirviendo y las tenazas. Eudoro no presentaba indicio alguno de sufrimiento, pues en su semblante brillaba el regocijo unido á una dulce gravedad, y la magestad se anunciaba en medio de las gracias. La silla de hierro estaba ya preparada.

El doctor de los cristianos sentado en la abrasada silla predica con mas elocuencia el Evangelio. Los serafines esprecen sobre Eudoro un rocío celestial y su angel Custodio le cobija bajo sus alas; parecia entre las llamas un delicioso pan preparado para el celestial banquete. Los paganos mas intrépidos desviaban la cabeza, no pudiendo resistir el resplandor del mártir. Cansados los verdugos, se relevan entre sí; el juez miraba al cristiano con secreto estupor, pues creía ver á un dios en aquella encendida silla. El confesor le gritó:

«Observa con atención mi rostro para que le reconozcas en aquel terrible día en que todos los hombres serán juzgados!»

Consternado Festo á estas palabras, manda suspender el suplicio. Baja de su tribunal, corre la cortina á su espalda, y el escribano lee temblando esta sentencia:

«La clemencia del invencible Augusto manda que todo el que negándose á obedecer los sagrados edictos, no quiera sacrificar, sea arrojado á las fieras en el anfiteatro, el día del divino nacimiento de nuestro eterno emperador.»

Los soldados condujeron de nuevo á Eudoro á la prisión, donde ya era conocido su triunfo. No bien se abrió la puerta y los obispos vieron al pálido y mutilado mártir, se adelantaron hacia él, marchando á su frente Cirilo y entonando todos en coro este cántico:

«¡Ha vencido al infierno y conquistado la palma!  
«¡Entra en el tabernáculo del Señor, oh ilustre sacerdote de Jesucristo!

«¡Qué resplandor despiden sus heridas! ha sido aprobado por el fuego, como la plata purificada siete veces.»

«¡Ha vencido el infierno y conquistado la palma!  
«¡Entra en el tabernáculo del Señor ¡oh ilustre sacerdote de Jesucristo!»

Los ángeles repetían en el cielo este cántico, mientras un nuevo motivo de alegría llenaba de contento á los espíritus bienaventurados.

Eudoro, en el discurso de sus gloriosas actas había ofrecido en secreto su sacrificio por la salvación de su madre. Conociendo por antiguos sueños el destino de Sefora, rogaba al Altísimo le concediese un puesto entre los escogidos. Al abandonar el mundo había caído en el lugar donde las almas acaban de espigar sus errores, por haber amado á sus hijos en demasia, habiendo sido por esta razon la primera causa de los extravíos de su hijo. Eudoro, mediante el homenaje de su sangre, había alcanzado el fin de las pruebas de Sefora; los tres profetas que leen en presencia del Eterno el Libro de vida, Isaias, Elias y Moisés, proclaman el nombre del alma libertada: Maria se levanta de su trono, y los ángeles que le presentaban los votos de las madres, los llantos de los niños y los dolores de los pobres e infortunados, suspenden por un momento sus ofrendas. Maria sube al trono de su Hijo, penetra en la region donde reina el Cordero en medio de los veinte y cuatro Ancianos, llega á los pies de Emmanuel, é inclinándose ante la segunda persona de la Esencia increada, le dice:

«¡Oh, Hijo mio! cuando aun era una débil mortal, llevé en mi seno el peso de tu Eternidad; si, pues, te dignaste confiar á mi amor el cuidado de tu humanidad atribulada, dignate escuchar mi súplica! Tus profetas han anunciado el rescate de la madre del nuevo mártir; ¡los fieles van al fin á gozar de la paz del Señor! Aunque hija de los hombres, me has permitido te presente sus lágrimas; veo allí á un confesor próximo á ser despedazado por un tigre. ¿No basta la sangre que ha derramado ya para rescatar á esta cristiana y hacerla entrar en tu gloria, ó es preciso que consume su sacrificio, impotente la voz de Maria para modificar tus decretos?»

Así habló la Madre de los siete dolores; el Mesias le respondió con misericordioso acento:

«¡Oh madre mia! me compadezcó, lo sabes, de las lágrimas de los hombres, pues por ellos he cargado el peso de todas las miserias del mundo. Pero es preciso que los decretos de mi Padre se cumplan. Si mis confesores son perseguidos momentáneamente en la tierra, gozarán en el cielo una gloria sin término; no obstante. ¡oh Maria! el momento de su triunfo se avecina; la Gracia ha empezado ya. Baja á los lugares donde las faltas se borran por medio de la penitencia, y acompaña al cielo á la mujer cuya eterna beatitud han declarado los profetas, comenzando así la felicidad del mártir por quien intercedes, con la gloria de su madre.»

Benigna sonrisa acompañó las pacíficas palabras del Salvador del mundo. Los veinte y cuatro Ancianos se inclinaron sobre sus tronos, los querubines se cubrieron bajo las rutilantes alas; las esferas celestes se detuvieron á escuchar al Verbo Eterno, y las profundidades del caos se estremecieron é iluminaron como si alguna nueva creación fuese á salir de la nada.

María baja al lugar de la purificación de las almas, atravesando un camino sembrado de soles, en medio de los incorruptibles perfumes y de las flores celestiales que á su paso esparcen los ángeles. El coro de las vírgenes la precede, entonando himnos; en pos caminan las mujeres mas ilustres; Isabel, cuyo hijo se estremeció de júbilo á la aproximación de María; Magdalena, que derramó un raudal precioso sobre los pies de su Maestro, enjugándolos luego con sus cabellos; Salomé que siguió á Jesús al Calvario; la madre de los Macabeos, la de los siete hijos mártires; Lia y Raquel; Ester, reina todavía; Débora, cuyo sepulcro vió crecer la encima de los llantos, y la esposa de Elimelec, llamada Hermosa por los ángeles y por los hombres Noemi.

Entre el cielo y el infierno se estiende anchurosamente, consagrada á las espiaciones de los finados.

Su base linda con la morada de los dolores infinitos, su cima con el imperio de las eternas alegrías. Maria lleva el consuelo á los lugares mas distantes de la mansión de la bienaventuranza. Allí, muchos desgraciados anhelantes y cubiertos de sudor, agitanse en medio de caliginosa noche. Sus negros parpados no reciben otra luz que la de las vecinas llamas del infierno. Las almas probadas en aquel recinto no experimentan los suplicios eternos, pero sí el terror que inspiran. Oyen el sordo rumor de los tormentos, el áspero chasquido de los látigos y el fragor de las cadenas. Un hirviente río, formado de las lágrimas de los réprobos, es la única barrera que les separa del abismo en que temerian ser sepultados á no sentirse reanimados por una esperanza siempre estinguida y renaciente siempre.

La aparición de la Reina de los ángeles en medio de aquellos infortunados, suspendió por un momento el horror de sus temores. Una luz divina alumbró las prisiones espiatorias, penetrando hasta el infierno, que creyó en su asombro ver entrar la Esperanza. Poseída de celestial conmiseración, Maria pasa con su angelical acompañamiento á menos lóbregas y desastrosas regiones. A medida que penetra en aquel lugar de prueba, todo en él se embellece y las penas de que es triste teatro se hacen mas leves y de mas breve duracion. Unos ángeles compasivos, si bien severos, vigilan las penitencias de las almas sometidas á la espiacion, y lejos de insultar sus dolores, como hacen los espíritus perversos respecto de los llantos de los pecados, les consuelan é invitan el arrepentimiento, pintándoles la hermosura de Dios y la felicidad de una eternidad dedicada á la contemplacion del Ser Supremo.

Un espectáculo extraordinario atrajo especialmente la atención de las santas mujeres que del cielo bajaran con la Reina de las vírgenes, pues unas almas tornábanse poco á poco radiantes y luminosas en medio de las demás que las rodeaban; gloriosa aureola formábase en derredor de su frente, y gradualmente trasfiguradas, remontábanse á regiones mas elevadas desde donde oian los divinos conciertos; aquellas almas habian visto abreviado el plazo de sus tormentos por las oraciones de los parientes y amigos que aun tenían en la tierra. ¡Celestial prerogativa de la amistad, la religion y el infortunio! Cuanto mas desgraciado, pobre, débil y menospreciado es el que ora en la tierra, tanto mas poder ejercen sus votos para dar una eterna felicidad á cualquier alma rescatada!

La bienhadada Sefora brillaba con extraordinario resplandor en medio de aquellas ya gloriosas almas. La madre de los Macabeos toma de la mano á la madre de Eudoro, y la presenta á Maria, y la celestial comitiva sube en lento vuelo á los tabernáculos santos: los diferentes mundos, los que escitan nuestra admiración durante la noche, los que se ocultan á nuestra vista en las profundidades del espacio, los soles, la creación entera y los coros de las Potestades que á esta creación presiden, cantaban este himno á la Madre del Salvador:

«Abrios puertas eternas; ¡dejad pasar á la Soberana de los cielos!

«Nosotros te saludamos, Maria, llena de gracia, modelo de vírgenes y esposas! ¡Querubines arrojados! conducid sobre vuestras fulgurantes alas á la abija de los hombres, á la Madre de Dios. ¡Cuán dulce tranquilidad brilla en sus modestas miradas! ¡Cuán serena y púdica es su sonrisa! ¡Sus facciones conservan todavía la hermosura del dolor que en la tierra experimentara, como para moderar las perdurables alegrías! Los mundos retiemblan de amor á su paso; su faz disipa el brillo de la increada luz en que marcha y respira. ¡Salve, bendita entre todas las mujeres! ¡Refugio de los pecadores, consuelo de los afligidos, salve!